



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Trápos y moños.



Figurín para el traje de verano
que todo fiel cristiano
debe comprar á la mujer amada;
pues todo otro vestir no es vestir nada.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Haz bien, por José Estremera.—Modos de dormir, por Juan Pérez Zúñiga.—Lo que ha de ser..., por Angel R. Chaves.—El cura de Vericusto, por Clarín.—Sección de noticias, por Sinesio Delgado.—Tentación, por Luis González Gil.—Chismes y cuertos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Trapos y moños.—Música de verano.—El idioma coreográfico (nueve viñetas).—El cura de Vericusto (tres viñetas).—Recuerdos tristes.—La gente expansiva, por Cilla.



DE TODO UN POCO

El que no ande elegante, será porque no quiera.

Por siete pesetas venden unas americanas de madapolán, pintadas de negro, que sientan bastante bien y son muy decentitas.

Algunos las compran para estar en la oficina; otros las llevan á todas partes, «con mucha honra», y

no pocos vienen á decirnos, respirando satisfacción:

—¿Le gusta á usted?

—¡Hombre! No es mal parecida.

—¿A ver si sabe usted cuánto me ha costado.

—Pero ¿se vende eso?

—¡Naturalmente!

—¡Si yo creí que se la había hecho usted mismo por pasar el rato!

—Pues me ha costado siete pesetas nada más. Tóquela usted...

¡Si viera usted cómo refresca!

—Es de balde; ¡y qué preciosa!

El de la americana se regocija y cree firmemente que va vestido como los demás españoles; pero, en rigor, parece que le han colgado de los hombros el talego del pan.

Con esto de las americanitas llamadas de alpaca sucede lo que con las botas de siete pesetas. El primer día parecen bien, y hasta suenan como las botas de verdad; después comienzan á ponerse pálidas y á abutirse, y acaban por perderlo todo: los elásticos, los pespuntos y la forma. Á los cuatro días de uso sale uno á la calle y le pregunta la gente:

—¿Qué trae usted ahí arrastrando?

—Son los pies.

—¡Quí! Si parecen dos estropajos.

Las mujeres modestas y económicas defienden con gran calor al industrial que abarata el género, y son las primeras en lanzar al hombre por la senda del ridículo.

—Pues mira, Celedonio—suelen decir al marido,—esa americana te hace muy buen cuerpo. Yo no voy á decirte una cosa por otra, porque no me gusta que hagas mal papel en ninguna parte. Créeme á mí: hasta parece más joven y más alto.

El infeliz marido sale á la calle con la prenda, creyendo que va á ser objeto de elogios, pero nota con dolor que los amigos se le ríen en las barbas y acaban por decirle:

—Pero, Rodríguez, ¿viene usted de manga corta?

—¿Cómo?

—Eso no es una americana; es la funda de un violoncello.

Ya habrán oído ustedes hablar del tan reputado antropófago de Alicante.

La prensa ha dado interesantísimas noticias acerca de la aparición de este hombre extraordinario, que coge á los niños, los raspa y después se los come.

Hay quien pone en duda todo esto, pues muchas personas son incrédulas de suyo; pero nosotros sabemos de buena tinta que el antropófago existe y que hasta la fecha se ha comido, sólo en el

pueblo de Dolores, siete criaturas de ambos sexos, cinco con patatas y las otras dos al natural.

Cerca de Dolores quiso hincarle el diente á un presbítero rubio con cara de angelote; pero éste se resistió, alegando que tenía una enfermedad en la piel y era indigesto. El antropófago, haciéndose cargo de estas razones, tuvo que renunciar al banquete eclesiástico y se comió un chico de seis meses, sin vacunar, porque los vacunados dice él que son menos sabrosos.

Aquí tenemos también antropófagos, muy conocidos entre la buena sociedad, que se dedican á comerse hijos de familia; pero les llamamos de otra manera: les llamamos prestamistas.

Los fumadores se quejan de las nuevas cajetillas de 40 céntimos, y no les falta razón. Las otras eran ya malas de verdad, pero éstas vienen á poner en peligro nuestra existencia, y ha habido dos ó tres casos de fumadores que á las diez, por ejemplo, encendían un pitillo y á las diez y media estaban dando las boqueadas.

Desde que circulan por ahí las nuevas cajetillas, cada vez que nos ofrecen un pitillo, preguntamos con el natural temor:

—¿Es de 40?

—Sí—suelen contestarnos.—¿Por qué lo pregunta usted?

—Porque, á lo mejor, estos pitillos están cargados y se disparan solos.

Algún estanquero cariñoso dice al parroquiano al tiempo de venderle una cajetilla de 40:

—Vaya, abur. Hasta el valle de Josafat.

Y el infeliz consumidor, decidido á todo, contesta tristemente:

—¡Sea todo por Dios! ¿Qué más da morir hoy que la semana próxima?

Todo el mundo se va y los círculos literarios aparecen tristes y desprovistos de interés; pero así y todo, bálbase de la próxima temporada teatral y de los proyectos que animan á Guerrero en pro del arte nacional.

Aparte las reformas que piensa hacer en el edificio, hoy feo, trata el flamante empresario de formar una compañía excelente y de representar obras del ilustre D. José y del no menos ilustre don Benito.

En fin, puede que el Español se convierta en templo donde se rinda culto al arte dramático; de algún tiempo á esta parte, aquello era una especie de sucursal de la Funeraria.

Pidamos á Dios que se transforme, por la iniciativa de Guerrero, en un dulce paraíso.

Así sea.

Luis Taboada.

★

Haz bien.

En paz apacentaba su vaquiña Dominga la del Romo sobre enorme peñasco á cuya falda se agita el mar embravecido y ronco.

Vió la vaca en el borde unos tiernos retoños, quiso cogerlos, resbaló y rodando al mar cayó de pronto.

Las encrespadas olas leváronla en sus lomos para sorberla luego en remolino y sumergirla airadas en el fondo.

—¡Oh!—exclamaba Dominga entre lágrimas, gritos y sollozos.— ¡Más valiera morirme, pues, muerta mi vaquiña, perdí todo! ¡Oh, bestia, más que bestial ¿dónde tienes los ojos que no viste que andar por esos riscos era muy peligroso?

A pasar acertó en aquel instante cierto señor muy rico y generoso, á quien el llanto de la pobre moza conmovió de tal modo que le dijo:—Muchacha, enjuga ya ese rostro, pues yo te quiero dar, por que no llores y en el mercado próximo compres otra vaquiña, veinte duros.

—¡Se me burla, señor!
—De ningún modo.
Toma el dinero.
—Guárdelo.
—Ya es tuyo.
—¡Váyase y que le lleven los demonios!
¡Veinte duros no más por mi vaquiña,
por aquel pino de oro!
¿Porque sola me ve quiere engañarme?
Pues váyase al infierno á hacer negocio.

José Estremera.

Y hay sujeto que se inflama
y opta por dormir en pelo,
y hay quien se duerme en la cama
y se despierta en el suelo.
En fin, para no caerte
con más casos, lector mío,
sólo voy á revelarte
lo que hace José del Río.
¿Sabes qué hace el muy melón,
aun cuando es persona seria?
¡Extiende sobre el colchón

un mapa de la Siberia!
Y soñando con que ve
descender copos del techo,
se figura el tal José
que está tan fresquito el lecho.
Y esto dicho, bien ó mal,
no dudarás ¡oh lector!
de que duerme cada cual
de una manera especial
en cuanto aprieta el calor.

Juan Pérez Sainza.

Música de verano.



—Sol... sol... sol... Pues señor, no salgo del sol, y ya se conoce porque me estoy derritiendo materialmente.

MODOS DE DORMIR

Según se puede observar,
tiene cada ciudadano
su modo particular
de dormir en el verano.

Así como entre la ropa
todo el mando se acurruca
en el invierno y se arropa
desdolos pies á la nuca,
todo estorba en derredor
cuando en las noches de estío
despide el catre un calor
de padre y muy señor mío.

Y ya que no tengo á mano
otro asunto, te diré
cómo duermen en verano
algunos que yo me sé.

Con formalidad se acuesta
mi amigo don Juan Lirón;
mas si el calor le molesta,
mediante una evolución

duerme, haciendo de ronquidos
un verdadero derroche,
con quince dedos metidos
en la mesita de noche.

Don Abundio de la Grama
(según murmura la gente)
se tiende sobre la cama
desnudo completamente

y hace, para no sudar,
que su cocinera Inés
le abanique sin cesar
de la cabeza á los pies.

Don Ramón, ex-juez pedáneo,
duerme encima de una estera
con cierta parte del cráneo
metida en una ponchera,
y su esposa Paz Arteché
le refresca los tobillos
empapándolos en leche
merengada con barquillos.

Doña Emeteria Cernuda,
por más que así se rebaja,
se acuesta medio desnuda
debajo de la tinsaja,
y su sobrina Asunción,
aunque la cuesta trabajo,
pasa la noche al balcón
colgada cabeza abajo.

Mi amigo el doctor Vicente
Prados, que tiene en Jaén
una bctica excelente,
duerme á su modo también.

¿Sabes cómo duerme Prados?
Tumbado junto á su puerta,
con los ojos entornados
y con la botica abierta.

LO QUE HA DE SER...

(RECUERDOS DE HACE DOS SIGLOS)

Lo que ha de suceder sucede al cabo.

Mozero.

I

—¡Por qué fingiendo amores
pueblas el aire de mertidas quejas?
¿Por qué cubres de flores
los hierros de mis rejas
y ostenta tu vestido mis colores?
¿Por qué todos los días
asedias con billetes perfumados
mis dobles celosías?
¿Por qué, si están cerrados
para ti mis postigos, los espías?
¿No ves que das con ello
motivo á que murmuren de una fama
que pende de un cabello?
¿No espere de su dama
amor el que no alcanza á merecello!
Con esas serenatas
con que turbas la paz de mi retiro
tu mala fe delatas,
que claramente miro
que alardear de mis favores tratas.
Y mal con su hidalguía
debe estar el galán enamorado
que en la calumnia fia,
y aspira á ver manchado
honor que ser su honor pudiera un día.

El amante sin duda
comprendió de su dama las razones,
y desde allí desgruda
de flores y canciones
dicen que está la calle triste y muda.

Pero también es fama
que de su soledad en el retiro
la ayer rondada dama
lanza más de un suspiro
y triste llanto á su pesar derrama.

II

Procaces mentideros
que pobláis de la corte el ancho espacio,
gradas, atrios, cruceros
y losas de palacio,
solaz de maldicientes y embusteros,
lanzad vuestro zumbido
que es de toda virtud soplo de muerte.

¡Mucho habéis conseguido,
pues quiere vuestra suerte
que hoy difaméis aun sin haber mentido!

En oscura calleja,
de la nascente aurora á los fulgores,
ninguno de ver deja
la seda de colores
de una escala pendiente de una reja.

Por padrón de desdoro
en el alfizar la dejó prendida
dueña que compió el oro.
¡Poco de su honra cuida
quien encomienda á dueñas su decoro!

Mas no, por Dios. No ha sido
la culpa toda de la infiel criada
que el cordón ha prendido.
Virtud tan mal guardada
nació para rendirse, y se la rendido.

Angel R. Chavez.

El idioma coreográfico.

(TRADUCCIÓN LIBRE)



¡Buenas noches, señores!



Nos amamos extraordinariamente.



Los celos me consumen; la pena me ahoga.



Aquí están pasando cosas muy extrañas, y venimos á enterarnos.



Lo consultaré con la almohada.



He llegado de Sigüenza hace quince días.



Nos vamos á la guerra, á morir por la patria.



Mamá no quiere que te ame... ¡Oh!



¡Expresiones á la familia!



El cura de Vericúeto.

V

En lo más alto de aquella montaña, camino de cuya cumbre, y no muy lejos, estaban la iglesia y rectoral de Vericúeto, más otras muchas casas y chozas de la parroquia, había, según ya se ha dicho, un enorme herrneco, ó sea peñón ingente que, no sé si se dijo también, amenazaba desplomarse sobre aquellas frágiles moradas y hacerlas polvo. Esto de la amenaza no es retórica, sino la pura verdad; porque, según pude ver por mis ojos aquel día que visité al cura Celorio, la tal peña, grandísima y formidable, estaba como por milagro sostenida en la altura, y el instinto de las leyes del equilibrio que á nuestro modo, y por observación, tenemos todos, le decía á cualquiera que la mole granítica ó lo que fuese (granítica no sería, pero ya pesaba sus miles de quintales) no debía de poder mantenerse mucho tiempo si caigo ó no caigo, y tenía que caer por fuerza el día menos pensado. Poco á poco ya se había venido inclinando, y si había grandes tormentas, cuando las aguas arañando la tierra rodaban con gran fragor de lo más pino y eminente, la fiera de la altura se sacudía un poco, rompiendo algunos eslabones de la cadena que la sujetaba todavía; ello era, sin metáforas, que el agua y el viento trabajaban, como en una mina, en el asiento secular de aquella mole, y cada vez era mayor el peligro de que le faltase punto de apoyo y se dejara caer al valle rodando, de seguro, pues no había otro camino, sobre la rectoral de Vericúeto, su iglesia y el lugarejo que las rodeaba. Y si el herrneco se desplomaba no podía quedar piedra sobre piedra, ni bicho viviente en todos aquellos edificios que tenían existencia tan precaria con amenaza tan fiera.

La industria de aquellos pobres montañeses ya de muy atrás había procurado impedir, ó por lo menos dilatar, la catástrofe; y aunque parezca mentira es verdad (1) que con cuerdas, con débiles cuerdas, puntales, ramaje entrelazado, especies de trincheras y otras fábricas no más seguras, los vecinos de Vericúeto habían puesto como dique al diluvio de piedra que les amenazaba; y tenían como obligación inmemorial el renovar de tarde en tarde la complicada máquina de su pobre defensa.

Muchos forasteros, al ver con espanto aquel inminente peligro, habían indicado la idea de emigración á aquellas buenas gentes. «¿Cómo consentían en seguir habitando lugares que tanto daño podían recibir á la hora menos pensada?» A esto los de Vericúeto no contestaban más que con encogerse de hombros, como los aldeanos pobres, y aun muchos ricos, cuando les hablan de curar males crónicos y de muerte con gastos exorbitantes.

¿Mudarse! Ahí es nada. ¿Y adónde habían de ir?—El cura Celorio era el primero que encontraba descabellada la idea de abandonar la parroquia. Sería una especie de traición. Además, la costumbre del peligro se lo había hecho ver tan remoto que, en el fondo, los naturales de aquella altura amenazada ya no tenían miedo. En tiempo de sus padres y de sus abuelos ya amenazaba caer la *Muela*, que así llamaban al peñón, no sé por qué, y no había caído. ¿No tiraría una generación más? Nadie negaba que había desprendimientos de tierra, que la peña se ladeaba más cada pocos años, que la defensa de cuerdas, maderos y tierra era pobre cosa, cada día más inútil... Pero el peligro, que en buena filosofía, en pura lógica, nadie negaba, no los tenía asustados. El cura veía que era algo así como las amenazas de los castigos eternos, ó muy largos y duros, de la otra vida, que nadie por allí negaba, y sin embargo hacían en los feligreses poca mella. Nadie desconocía que al mal lo espera el

infierno ó el purgatorio, á buen dar, y con todo... se vivía como si el fuego eterno, ó secular por lo menos, fuera cosa de la semana que no traía jueves. Lo mismo sucedía con lo del peñasco.

Celorio era de los que más claro veían el peligro, pero también de los que, generalmente, menos miedo tenían á la catástrofe, para él indefinidamente aplazada. «No será en mis días», pensaba con cierta esperanza, parodiando, sin saberlo, la famosa frase de un diplomático, también con órdenes mayores.

En los gastos que ocasionaba la pobre defensa que de tantos años tenía fabricada Vericúeto para que la peña no se le viniera encima, comenzaron las disensiones y reyertas entre los vecinos, y principalmente con el cura; reyertas y disensiones que envenenaban la vida de la aldea harta más que el miedo á la común desgracia que no acababa de venir. Para algunos escépticos era una superstición, aunque ellos no la llamaban así, el miedo á la *Muela*; estos empíricos exagerados, como no pocos sabios, no admitían que lo que no había sucedido en tantos y tantos años fuera á suceder el mejor, ó más bien, el peor día. Lo de desplomarse, y hundir el lugar, el herrneco, era para ellos como la metafísica para ciertos boticarios científicos. «¡Muy largo nos lo fiáis!» venían á pensar, como decía el don Juan Tenorio de Tirso.

El cura no era de éstos; pero él creía que los gastos de la reparación de cuerdas, trabajos en los estribos y puntales, etc., etc., que contenían la *Muela*, debían estar repartidos á proporción del miedo de cada quisque. Otros opinaban que más debía gastar el que más tenía que perder; pero el cura á esto replicaba que *secundum quid*. Él, bienes materiales tenía por allí más que otros, pero no tenía mujer ni hijos, y á Ramona... que la partiera un rayo. Y sobre todo, que no era el interés sino el miedo al peligro lo que debía contarse. Y fundado en esto, se negaba á contribuir al *entretenimiento* de la fábrica de defensa, porque, en resumidas cuentas, él no tenía miedo á la muerte, ni estaría bien que diese tanto precio á la efímera existencia terrena un ministro del Señor.

«Si en desplomarse ó no la *Muela* me fuese á mí la vida del alma, yo pagaría, aunque fuera solo, todas las cuerdas y vigas que fuese menester; pero el cuerpo, ¿qué me importa á mí el cuerpo?»

Después, cuando supe ciertas cosas, comprendí que á Celorio otra le quedaba; importábele mucho, por lo que más adelante se verá, que su vida terrenal no se cortase de repente y llegara á cierto tiempo; pero en él luchaba el miedo al peligro de perder la existencia, necesaria para las ganancias, con la repugnancia á gastar en obra tan improductiva, y acaso inútil, como aquellas ataduras frágiles de la *Muela*.

Toda esta guerra de vecindad, sin embargo, era sorda casi siempre y de poco alcance; pero otra cosa fué cuando surgió la cuestión, verdaderamente política y social, que se llegó á llamar lo del *pique*.

(1) Eludico.

Ello fué que un alcalde de Suavecés, más celoso que otros, ó más enemigo de Celorio y los de su partido, que era, naturalmente, el retrógrado, el *absolutista*, ó como quiera llamarse, llevó á cabo en la cumbre de Vericucto una revista, que él llamó *inspección ocular*, y vino en decretar que el berrueco llamado la *Mucha* amenazaba ruina (así dijo en el Ayuntamiento) y era necesario que mediante una derrama, ó sea contribución local extraordinaria, los vecinos de Vericucto añejasen la mosca para pagar los gastos necesarios para proceder al derribo, ó lo que fuera, de aquel peñón que podía aplastar medio concejo.

Pero los de la parroquia, unidos esta vez al cura como un solo avaro, pusieron el grito en el cielo, cuanto y más en el berrueco, y juraron morir aplastados como sapos antes que cargar con el mochuelo; pues lo que se les pedía estaba muy por encima de sus posibilidades y la obra que el alcalde juzgaba necesaria era en interés, no sólo de Vericucto, sino de todo el concejo; por lo cual Suavecés en masa debía contribuir á los gastos.

Que sí, que no, que qué sé yo; ello fué que se hizo cuestión de partido, de cacique contra cacique, de elecciones; y unos por otros, la casa por barrer: el Ayuntamiento que el cura, el cura que el Ayuntamiento ó Poncio Priato; el berrueco siempre tan tieso, es decir, tan torcido, y si caigo no caigo.

Y esto era lo del *pique*. Por si has de pagar tú ó he de pagar yo, nadie se acordaba de conjurar el peligro, que podía ser en daño de muchos; y los más interesados en la obra proyectada eran los más tercios. Estaban dispuestos á morir como héroes antes que soltar un cuarto al efecto de lo que el alcalde pedía.

Y así pasaron años, y el cura Celorio cayó en cama; de modo que para su persona el peligro aumentaba. Vino el alcalde á verle para hacerle la forzosa; le dijo que reparase en el peligro que corría; que ahora no podía valerse ni echar á correr; más es, recordando una frase que le había apuntado el médico, exclamó:

—Mire, señor cura, que con tener el peñón como lo tiene constantemente, amenazándole encima de su cabeza, está usted como si estuviera bajo la espada de Demócrito.

—Bueno—repuso el cura;—pues dele expresiones á Demócrito, señor alcalde, que yo no sifijo la bolsa ni por Demócrito riendo, ni por Heráclito llorando, cuanto más por ese Damocles como otros le llaman.



Y en esta situación estaban Celorio y lo del *pique*, cuando yo, acompañado de Higadillos, fui á conocer y tratar á D. Tomás Celorio, cura de Vericucto.

VI

No saqué yo de aquella, y otras visitas, la impresión y el juicio que Higadillos pensaba; encontraba, lo mismo en los ojos que en la sonrisa, que en las palabras de Celorio, un fondo de delicadeza, así como vergonzante, que no se compadecía con las cualidades del tipo, groseramente epicurista, avaro, carnal y cazarro que Higadillos pintaba en su poema y en su conversación.

Lo que yo vi, por lo pronto, en nuestras pláticas con Celorio, que éste se burlaba lindamente, pero sin saña, de la ciencia valetudinaria de mi huésped y amigo, el cual, en materias filosóficas y de teología, así dogmática como histórica, estaba muy poco fuerte.



Higadillos, por ejemplo, opinaba que los católicos tenían obligación de creer que Cristo estaba en el cielo sentado á la diestra de Dios Padre; y era de ver cómo Celorio, oyendo esto, sacudía la cama de nogal con las carcajadas, y hasta un poco de tos, que el donoso disparate le producía.

—Pero, círculo—exclamaba en parando de toser,—¿cómo ha de ser literal eso de la diestra de Dios, si Dios, como no es cuerpo, no tiene derecha ni izquierda?

—Pues es de fe—gritaba Higadillos.

—Lo que es de fe, yo á lo menos lo creo como si lo viera, es que sabe usted tanto de teología como yo de herrar moscas.

Era Celorio hombre de cierta instrucción, aunque de pocas noticias precisas, por tener sus principales estudios fecha muy remota.

Noté que á veces, si Higadillos no le miraba, guiñaba un ojo, sacaba la lengua, y vine á comprender que le preparaba una gran broma.

Clarín.

(Continuará.)

SECCIÓN DE NOTICIAS

(CON SUS COMENTARIOS CORRESPONDIENTES)

«En carta que nos escriben de Ficóbriga del Río nos dicen que, entre los muchos personajes distinguidos que están pasando unos días en tan delicioso sitio, se encuentra don Quico Pérez Calagnal del Castillo, hombre público importante y escritor notabilísimo que está ya más aliviado de su enfermedad del hígado.»
 (¿Que está don Quico en Ficóbriga?
 ¿Que por correo lo han dicho?
 ¡Ya sé de quién es la carta!
 ¡Del propio señor don Quico!)

«Esta mañana, en la iglesia de San José, han contraído matrimonio la simpática joven doña Paz Colirio, sobrina del farmacéutico que lleva igual apellido, y el bizarro comandante don Sinforiano Requinto. Desearnos á los cónyuges un eterno y dulce idilio y que sean muy felices por los siglos de los siglos.»
 (Más claro: no conocemos á la mujer ni al marido, y el suelto así redactado nos lo remite un amigo.

Eso del idilio eterno se dice por compromiso, porque aunque acabe mañana nos importa tres cominos.)

«Tirso.—En este teatracho inmoral, inaudito, indigno de la capital de España, se estrenó anoche un *pasillo*, ó cosa así, soso, absurdo, poco culto y nada limpio. La silba fué merecida y á pesar de los borricos alabarderos, la pieza cayó entre voces y gritos. Así se retrae el público del citado establo lírico, que está desde hace unos meses completamente vacío. Pero no es escandaloso el insolente cinismo de una empresa que apadrina semejantes desatinos? ¿No es cosa de que intervengan el alcalde y el obispo? ¿Porque hay que limpiar el arte de engendros por el estilo y hay que...!» (Vaya, no te apurés, que ya estamos convencidos... ¡de que no te dan billetes en el teatro de Tirso.)

«Oímos decir anoche con insistencia en los círculos

que el consecuente demócrata don Buena Ventura Pinto ocupará una vacante de senador vitalicio, para la que le proponen

los notables del partido.»
(¡Hombre! ¿lo oyeron ustedes?
¿A quién? ¿A un señor bajito,
gordo, con patillas? ¡Era
don Buena Ventura mismo!

Sinciso Delgado.

TENTACIÓN

—Esta noche me esperas, ¿o me mato!—
la dije al separarnos por el día,
medio loco de amor y de despecho.
Y llorando quedó la pobrecilla,
porque también me quiere, y la asustaba
mi fúidico augurio de suicida.

.....
Volví luego á buscarla... por la noche.
Pensando en el instante de la dicha,
agotaba mis fuerzas el deseo
y oscilaba en mi mano la baja.
Me aproximé á la puerta; en mis entrañas
se despertó un infierno de perfidias;
abrí muy quedo, y penetré temblando
de impaciencia y de amor y de delicia...
¡No me esperaba! Sobre el blanco lecho,
como un ángel de Dios, la vi dormida,
y en su rostro adorable reflejada
la majestad de la conciencia limpia,
igual que la pureza de los cielos
se refleja en el agua cristalina.
El instinto brutal, la pasión ciega
golpeaban mis nervios, y sentía
impulsos de besar aquella boca
y embriagarme en un mundo de caricias.
Pero el nimbo ideal de la inocencia,
retratada en su frente y sus mejillas,
robó el vigor á mis amantes brazos,
mató el deseo á mi pasión maldita;
y al contemplar su virginal belleza
que iluminó la luz de una sonrisa,
rocé apenas su frente con mis labios
y salí de la alcoba de puntillas...

Luis González Gil.

Recuerdos tristes.



—¡Recontra! ¡Cómo aprieta el calorito dichoso! Yo no creo haber sudado más en mi vida, á no ser cuando tuve que hacer la décima para felicitar á mi tía Dolores el día de su santo.



CHISMES Y CUENTOS

En el número anterior, y con el título de *En el pueblo*, apareció una composición firmada por Marcial Gil

Aznar... á quien Dios conceda una hora cortita.

Porque es de advertir, para nuestra eterna desesperación y efectos consiguientes, que la susodicha composición es de D. Miguel Toledano, el cual la había publicado en nuestro apreciable colega *La Semana Cómica*.

De modo que el Aznar que nos la ha remitido, copiada y firmada por él, ha tenido la bondad de darnos la castaña.

Aunque, bien mirado, casi es cosa de agradecerse. Porque si no fuera por estos ratos y otros como éstos, ¿qué sería la vida?

¡Un páramo!

Los pesimistas se llenan la boca de decir que no tenemos escuadra.

Pero lo que yo veo es que todos los años, en cuanto llega la corte á San Sebastián, surge un buque interesantísimo y arrogante para dar pasto á los telegramas y entretenimiento á las almas sencillas.

Primero nos hizo felices *El Destructor*, aquel caza-torpederos que fué la maravilla y el pasmo de la colonia veraniega, y del cual no se ha vuelto á hablar palabra, como si se lo hubiera tragado el abismo.

Después entró en juego el *Conde de Venadito*, del cual creo que no tendrán ustedes queja, porque ha hecho gemir á las prensas de firme. Y, por último, este año, al pisar S. M. la playa donostiarra, ha aparecido en aquellas afortunadas aguas ¡oh casualidad sorprendente! la corbeta *Nautilus*.

Y corbeta por arriba, corbeta por abajo, telegrama en que no se nombre un par de veces á la *Nautilus* puede decirse que no significa nada absolutamente.

De modo que ya tenemos *nautilificación* para todo el verano... y Dios nos dé salud para verlo.

Si vas á la Concha y quieres
estar tranquila en sus aguas,
entra al baño con tu novio...
¡qué no hay mejor calabaza!

JULIO ROMERO GARMENDIA.

En un despacho telegráfico que enviaron desde Venecia á *La Unión Católica*, referente al viaje á España de D. Jaime de Borbón, se dice, entre otras lindezas, lo siguiente:

«Desde la anunciada boda del duque de Madrid con la princesa Berta, D. Jaime, á pesar de los respetos filiales, y sin faltar á ellos, mostró cierta libertad de sentimientos, de interjecciones y de criterio...»

¡Cómo! ¿Libertad de interjecciones?

¡Pues ¿qué empezó á decir de pronto el augusto príncipe? ¿Carape y recontra?

Llama mucho la atención,
según la prensa asegura,
uno que tiene en León
más de dos metros de altura.
¿Más de dos? ¿Quién lo diría!
Si, lo que no es de esperar,
voy á León algún día
y le quiero visitar,
para que pudiera oír
mis frases el tal señor,
¡le tendría que escribir
por el correo interior!

JOSÉ RODAO.

Todos estos días los periódicos, que no tienen otra cosa que hacer, han querido asustarnos con epígrafes como la maestra:

«ZARAGOZA SIN AYUNTAMIENTO»

Y el efecto es contraproducente, porque no hay madrileño que no piense en el acto.

—Sí, ¿eh? ¡Pues no sabe la ganga que tiene!

Se ha publicado recientemente un precioso libro titulado *Chispas*.
¿Que qué son las *Chispas*?

Pues versos lindísimos de Manuel del Palacio, serios unos, satíricos otros, y buenos todos absolutamente.

En fin, ¿para qué voy á decir á ustedes nada, si de seguro han comprado ya el libro?

LA GENTE EXPANSIVA



—Da gusto venir á los baños, porque en seguida se adquiere confianza con todo el mundo. Acabamos de llegar esta mañana, y allí está ya mi mujer tirándole de las patillas á aquel rubito.

*

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Don Felayo. — Sí; el consonante se ve en seguida, y le felicito á usted por el resultado; pero de ahí á publicar el soneto...

Uno de tantos. — No me gusta ninguna de las dos. Están versificadas con menos soltura de lo que usted acostumbra.

Sr. D. B. P. — Por lo obscuro de la moraleja y la manera de desarrollar el asunto, no me parece de la índole del periódico.

K. B. Silla. — Ese soneto, imitación de uno célebre de Santa Teresa, no tiene el intrínseco que pretende. Además, hay en él un par de versitos largos que suenan como dos tiros materialmente.

Matatas. — Empieza usted así, con la ortografía adjunta:

«¡Á TUS HOJOS!

Te vi por vez primera en el sotillo
una mañana del florido mayo
y desde entonces extático me hayo
contemplando de tu pupila el vrillo...»

¡Y vive el cielo que no se puede escribir peor aunque se empeñe uno!
Un cochero de punto. — ¡Qué larguita es y qué poquita gracia tiene!
Sr. D. F. de la P. — No puedo aprovechar ninguna. ¡Huya usted de la vulgaridad como de los tigres!

Sr. D. C. P. — Sirve para usted la contestación anterior.

π. (p) + 1. — Idem, eadem, idem.

Sr. D. H. P. — No está bien versificada, ni muchísimo menos. Le falta soltura, ritmo y... sílabas algunas veces.

El padrino lo dirá. — ¡Que quiere usted ser autor?

¡Pues hay que hacerlo mejor!

Sr. D. A. E. — La despedida es triste de veras y en versos malos, que es lo que viene á acibararla precisamente.

Pipita Piporro. — Puede usted pasar á recoger los tomos cuando guste. Si yo no estoy, con presentar esta contestación será usted servido.

Sr. D. J. de la C. — Todo está medianamente versificado. Los epigramas tienen unos asuntos gastadísimos, y en el soneto, amén de otros defectos de mayor cuantía, campea el verso:

«En fin, mujer como hay pocas en el mundo»,

que tiene legua y media.

O. Mega. — Vulgarísimos todos.

Un illa y Un zachocito. — Que versifican igualmente mal y escriben con una ortografía que así la parta un rayo.

Sr. D. L. L. — «Me arrimé á una ventana

una noche de verano

y vi salir un rostro rubio

que ahora adoro y amo.»

Empezando así, no se puede acabar bien de ninguna manera.

Costero. — ¡Qué ingenio tan agudo!

¡Qué hermosa poesía!

¡Está usted empleado

de mula del tranvía?

Doctor Pedro Rocio. — Inocentes en el fondo y demasiado incorrectas en la forma.

Un músico. — El cuento de la carta tiene gracia; el otro también, pero está mal contado, porque la versificación es medianilla de suyo.

P. P. y W. — No; no se retire usted del terezo definitivamente, pero haga usted los cantares con algo más de miga.

Carroza triunfal. — No la verán tus ojos si sigues á ese paso, ¡oh incauto joven!

Sr. D. E. S. — Escribiré despacito y con buena letra un día de éstos, si Dios quiere.

Hípólito. — ¡Los tercetos delante

de los cuartetos?

¡Redies con la manera

de hacer sonetos!

NOTA. — A ruego del interesado, hacemos constar que las respuestas dadas en esta sección á D. J. O. no van dirigidas al escritor D. José Ortiz.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRIDGRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

MARCA

REGISTRADA

JIMENEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid. — Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias. — Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar. — Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos. — Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

MADRID 1894. — Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 desp.º
Teléfono 534.